**DOMINGO XVIII DURANTE EL AÑO B**

El evangelio de hoy nos presenta una parte del discurso del Pan de Vida. Un texto que hemos escuchado muchas veces donde el mensaje es claro: hay un solo pan, que es verdadero, que calma el hambre para siempre y que da la vida eterna. Podría decirse que es una carta de presentación de Jesús porque Él mismo se presenta diciendo: “Yo soy el Pan de Vida. El que viene a mí jamás tendrá hambre; el que cree en mí jamás tendrá sed”. Jesús dice “jamás”, no dice “a veces”. ¿Por qué será que muchas veces no captamos esto? ¿Será porque comulgamos casi inconscientemente o mecánicamente? ¿Por qué seguimos con hambre aún después de comulgar? ¿Por qué esa sensación de no saciedad? Quizás porque el corazón está distraído o disperso; o quizás todavía no aprendimos a alimentarnos de Aquél que está disponible siempre para ser ofrecido como verdadero alimento. No se trata de sentir cosas super especiales, sino de tener un encuentro cotidiano con nuestro Señor; un encuentro que se hace familiar y cercano; un encuentro para degustar el cielo en la tierra. Un encuentro que se prolonga en la vida familiar, en el trabajo, en medio de los grandes y pequeños acontecimientos que vivimos, en las relaciones con distintas personas con las cuales nos encontramos a diario. No es un encuentro celestial separado de las cosas humanas; al contrario, es justamente un vínculo que favorece no sólo nuestra relación con Dios sino también con nuestros hermanos.

Cuando leemos la Palabra, que también es el Pan de Vida, y no la dejamos crecer en nosotros, el hambre y la sed continúan. Jesús asegura que “jamás tendremos hambre ni sed” si nos acercamos a Él. Pero si la leemos a las apuradas, si no la rumiamos en el interior, el hambre continúa y por lo tanto, la Palabra no la hacemos vida, no la practicamos.

Cuando Jesús dice que nunca tendremos hambre, significa que su Pan puede saciarnos ahora y para siempre. La clave está en si creemos esto como le dijo Jesús a la multitud: “La obra de Dios es que crean en aquel que Él les ha enviado”. Si no creemos, seguiremos con hambre y sed. El Pan para alimentarnos está, y está siempre. La pregunta es ¿nosotros estamos? ¿Nos acercamos a comer de este Pan?

Se puede leer la Palabra sin creer en ella, o sea, como quien la estudia. Pero en este caso la Palabra no es alimento sino un libro de estudio. La Palabra se convierte en alimento cuando estamos dispuestos a recibirla como el verdadero alimento.

Creer o no creer depende de nosotros. La gracia nos ayuda a creer. Para creer no basta tener una estampita y besarla, sino que ese gesto mismo de confiar en lo que la estampa representa, se prolongue en la vida que llevo. Creer no es sólo lo que digo, sino también lo que hago. Puedo decir que creo en Jesús, pero después no me acerco a comulgar, o no leo nunca el Evangelio. La oración de todos los días nos ayuda a creer en Jesús, y a tenerlo presente. Pero también el creer es vivir el amor con los hermanos porque ahí también está Jesús. Esta es la obra de Dios que Jesús propone a la multitud que le pregunta justamente ¿qué debemos hacer para realizar las obras de Dios?

Me pregunto lo siguiente: si Jesús me está diciendo “yo soy el Pan de Vida, el que viene a mí no tendrá hambre jamás…” ¿por qué busco otros alimentos que no sacian o que sacian por un momento? No daré respuesta a esta pregunta. Creo que cada uno debe preguntarse adónde acude cuando tiene hambre, o a quién busca cuando nada de lo que vive lo sacia.